

## El soñador.

La historia de los hermanos gemelos siempre <sup>ha sido</sup> rica en sorpresas de todo calibre. Se las supone paralelas como las vidas de Plutarco. Al nacer las criaturas ya tienen preparadas las cunas dobles; los rebozos del mismo tono; las mantillas de igual color; los escaupines de un punto exactamente igual. Cuando pueden vestir los aguarda el trajeito de marinero. Hasta se repite el nombre del barco en letras doradas. Pero la imaginación paterna, en el caso de nietos mellizos, coloca a uno, la simbólica ancla sobre el pecho y, en la bocananga del otro, el timón ritual. Y ese día el padre que ~~se~~ proce de con ~~un~~ sutil mimiedad, ha dado un golpe de timón a un hijo y ha echado anclas en la existencia del otro.

En esta historia, Pablo mereció el destino del ancla y Claudio, la suerte del timón. Ya estaban diferenciados. Pero la vida, veremos que consiguió nivelarlos. El padre murió convencido de que vivían de distinta manera. No tuvo paciencia para esperar. Se conformó con el éxito de Claudio que resultó un maravilloso realizador. De modesto peón en un cambalache de la calle 25 de Mayo, pasó a ser el más exitoso rematador que conoce la historia del martillo. Su inaudita fuerza de convicción, su fantasía inagotable ~~se~~ empujaron la vida de Claudio. Su secreto consistía en saber exagerar, sin mentir, lo que importa la mitad del éxito en este bajo mundo. Sabía exagerar, arte minúsculo de descuidada categoría. No en vano su padre le había colocado en la bocananga del brazo derecho un timón doméstico, de dibujo chambón que se parecía mucho a la rueda de la Fortuna.

Si Claudio remataba un lazo de seis escasas brazadas en sus manos se alargaba hasta las ~~veinte~~ veinte. Si una vieja mandolina procer, ~~carecía~~ carecía de valor comercial, inventaba una historia, un pasado heroico, que es la forma de dar sitio en el mundo a lo que naturalmente no lo tiene. La destartada máquina de escribir, la antecuada máquina fotográfica... Llegó a vender una de estas últimas, asegurando que en la negra entraña del aparato, dormían algunas placas sin revelar, del Buenos Aires antiguo.

Exageraba, no mentía. Y sobre la burda plataforma de su exaltación lo sorprendieron unos señores que poseían tierras a la orilla del mar. Pasaron por ~~el~~ el local y se detuvieron a escuchar los argumentos del rematador cambalachero. Era una, de esas mañanas en que Claudio levantaba ~~lo~~ más alto que podía, su martillo para dejarlo caer vertical sobre la tabla, clavando a la clientela provinciana.

Vivía en un barrio apartado de la ciudad. Por allí le llanaban "El soñador", no por que ~~hablaba~~ su aire romántico lo mereciese, sino por que guiaba sus pasos con el "Diccionario de los sueños". Un libro de tapas rojas y letras doradas que cuidaba de no salpicar de café mientras lo sorbía meticulosamente, en la cantina del barrio.

Todos sabemos que hay que servirse de algo para avanzar en la noche cerrada de la vida... Lo difícil es dar con ~~el~~ blanco bastón del ciego. Para Claudio, no existía el problema. Su Diccionario valía una Biblia. De manera que si no hubiese soñado con arena la noche anterior a la visita de los personajes terratenientes, hasta hoy estaría metido en el cambalache apartando mates de plata y bombillas de ~~la~~ la tón.

Profundo

2.

Sofiar con arena, según su guía, era un anuncio inequívoco de abundancia, de tentaciones, de prosperidad en ~~puerta~~ puerta.

Aquel día al entrar en el cambalache ya había ~~adopiado~~ la actitud del que se yergue para recibir lo inesperado. Lo esperaban tres señores, con una propuesta concreta en las manos. Eran tres víctimas que sabían, por experiencia propia, la puntería de aquel rematador. A ellos, nada menos, les había pasado gato, por liebre. Por tales razones les admiraban sin ~~embajas~~.

Se trataban de los creadores de "El Ideal de la casa propia," una poderosa sociedad que levantaba barridas, mientras amasaban una fortuna millonaria.

Dieron cita a Claudio en sus escritorios, un piso moderno en la ~~city~~ city. El soñador, consultó su libraco. Como era un tanto obscura la respuesta o su sueños no coincidían con la ~~xxxxxxx~~ cita, recurrió a la Flor Azteca y a la Totoneca y a diversos oráculos de la recova...

Cuando entró en los salones de "El Ideal de la casa propia" las armoniosas ~~maquetas~~ maquetas de vivos colores, se asomaban en sus vitrinas como ~~si~~ estuviesen aguardando su llegada. Se detuvo abstraído. Eran verdaderamente maravillosas! Pequeñas ciudades limpias, con arbolitos verdes de hoja perenne y molinos inmóviles y techos de roja teja y ~~tocécitas~~ tocécitas con campanarios y relojes iluminados. La vida feliz, reducida a pequeñas dimensiones como para poder abarcarla de una sola mirada. El, había soñado mucho con aquellas cosas que se corporizaban repentinamente. Las ~~pe~~ placitas apacibles y los perones ~~músculos~~ músculos, le indujeron a transformarse en un divertido Pulgarcito...? Sobre la vitrina de juguetería, lo sorprendieron los personajes dueños de aquellas maravillas, realizadores de aquella fantasía.

El soñador seguía abstraído ~~soñó~~ feliz, recorriendo las calles de los supuestos balnearios prometidos, de los pueblos proyectados en el yeso, ~~plumbeo~~. Repentinamente, se nublaron los cristales, con su aliento de chico que se apoya al muro cristalino de la ilusión. A raíz del pequeño accidente se entretuvo en nublarlos mas aun, ya de profeso, para tener la ilusión de ver el pueblo dormido bajo la guarda o amortejado en la neblina...Era un auténtico soñador.

Y firmó contratos. ¿Cómo no los iba a firmar?. Empezó a rematar lote tras lote, allí donde lo llevaba el "colectivo" muy pintado de amarillo. La gente de su barrida, que era mucha y muy variada, fue testigo de su prosperidad. Pero ~~el~~ soñador no se alejó de su barrio. Todo lo contrario. Llevaba a su vieja casa los elementos decorativos que captaba en los remates. Era el nuevo rico del barrio, fiel a su gente. Solo aguardaba la oportunidad para que todos ellos se hiciesen dueños de uno de aquellos pueblos que la imaginación creaba. El garagista, el almanero, la maestra, el boticario, esperaban la señoría de Claudio para hacerse propietarios. Tan solo Pablo, envidioso, permanecía al margen de la felicidad. La madre, había olvidado aquellos trajes de marinero, diferenciados por el ancla y el timón, a pesar de que la fotografía de los mellizos aun estaba sobre la estufa, desvanecida, ~~se~~ comida por la polilla en los bordes. Los marineritos y una fecha, perdida en un ángulo del cartón.

Y llegó el día en que Claudio pudo anunciar a los amigos de la cantina, la gran oportunidad. Un pueblo en las orillas del mar! Un pueblo con porvenir que se llamaba "el Porvenir", precisamente. Un pueblo!...Y Claudio lanzaba su imaginación castigada por el martillo que ~~escribía~~ escribía al exagerar.

Repartió planos. Distribuyó prospectos. Entregó fotografías del lugar que pasaron de mano en mano. Los volantes ya circulaban

3.-

por la ciudad y viajaban en los bolsillos de los pasajeros de los omnibus y se abrían, como las flores, en las mesas de la berriada de Claudio.

No obstante su inagotable argumentación, había una sombra en la mirada del rematador. El "Diccionario de los sueños" le respondía en forma pesimista. O sus sueños andaban descarrilados...

Una semana antes del gran remate en que ofrecería a sus amigos la brillante oportunidad, la madre de "El soñador", con la mirada seca sobre los planos, le aconsejó que se diese una vuelta por el balneario, antes de rematar las tierras. Claudio la miró como se mira a un apreciado. En ese momento entró una comisión de vecinos que venían a concretar la operación. El soñador habló como jamás ~~había~~ él mismo podía su ponerlo. Distribuyeron la planta principal del balneario; destinaron sitios para plazas y escuelas; puntualizaron detalles que hacían la gloria de los futuros pobladores. El más confiado de ~~ellos~~ ~~estaba~~ ~~en~~ ~~el~~ ~~momento~~ propuso colocar un busto de Claudio en la intersección de dos calles.

- No, sobre la playa, opino uno.

- Me parece que será mejor en la plaza... Y, no un busto, una estatua, con la tarina de rematador y todo... se atrevió a argumentar el ~~que~~ que más silencioso había permanecido, quizás por que soñaba con profundidad...

- Al final de la gran avenida- indicó un cuarto.

Como no se pusieron de acuerdo, Claudio, "El soñador" fue a cerciorarse sobre el terreno donde convenía más emplazar el busto.

El mar abofeteaba aquel desolado pedazo de tierra, que Claudio iba a rematar. Un ~~pequeño~~ pescador del paraje que aprovechaba las mareas como de las distracciones de un borracho, para sacar partido del mar, convenció al soñador de ~~que~~ lo destinado de la empresa.

- Cosa de locos o de sinvergüenzas!...

En el tren de vuelta, las ruedas no se cansaron de repetir:

- Cosa de loco... co-sa-de-lo-co o de...

Llegó el día del remate. Desde las tribunas, Claudio describió las maravillas del paisaje. Había adoptado un aire declamatorio que mucho tenía que ver con su chaleco de fantasía y sus puños exageradamente largos. Algunos ríscos lo tuteaban. El, sonreía. A penas si miraba de soslayo al grupo tímido de sus amigos. Las ~~suasanas~~ ofertas que captaba su ojo y subrayaba su martillo, eran de gente rica, de esos que tenían el auto en la puerta del local. Algunos ~~eran~~ temerosa cifra dicha desde el grupo de su berriada, caía como galvanizada por la voz de un poderoso. "El soñador" evidentemente estaba de parte de los fuertes y el balneario se hacía destinado a la gente ruidiente.

Claudio destacó que en la gran avenida y en las proximidades de la playa se pondrían a crear los apellidos más conspicuos de la ciudad. Ya ~~se~~ aparecían suscriptos por gente de la más alta sociedad...

Aquella actitud como le medía. Se defraudará un salario ~~de~~ sin que pase nada, pero un ~~pequeño~~ sueño no se defrauda así no más.

En efecto, a la salida lo esperaban sus amigos. Las víctimas de su imaginación. Las otras, las que dañara en el bolsillo corrían en sus autos sin darse cuenta del camelio. Y "El soñador" recibió la más violenta silbatina. Fue el epílogo de la jornada. El remate de las tierras de "El Porvenir" recibió los puntos suspensivos de tres naranjeros en los cristales de la flamante limusina de Claudio.

4.-

Solo su madre conoció el secreto de su desertión. No podía hacerse cómplice de la estufa, ni podía denunciarse a sí mismo. El diccionario tenía razón. Había algo que no estaba muy claro en sus sueños.

No pudo consultar durante tres días, <sup>apud</sup> libro salvador, por la sencilla razón de que no durmió. Su desvelo se lo impedía. En la espinesa vijilia concibió el plan de desaparecer. La ira de sus camaradas le tenía desvelado.

Y desaparición de su casa y de su barrio y de la ciudad. En los escritorios de "El ideal de la casa propia", en vista de que no concurría a los llamados urgentes, decidieron ir a buscarlo. La madre los hizo esperar una media hora larga, sentados frente a la estufa sobre la cual su reposaba el marco protector de aquellos marineritos diferenciados por una timón y un ancla. En media hora, hasta se puede planea una batalla y si la estufa arde convenientemente, es posible dar la batalla. El calor, en invierno, aviva la imaginación.

No es fácil sustituir un timón por un ancla. Sus distintas funciones, requieren un semejante destino y utilidad. Pero sustituir un hombre por otro, un que no sean mellizos, es una aventura nada difícil de llevar a cabo...

Cuando la madre de Claudio decidió atender a los personajes, ellos no preguntaron por Claudio... Reclamaron la presencia de Pablo, el otro marinerito. Esa noche se daba un gran banquete en los salones de la sociedad y la cabecera debía ser ocupada por "El soñador, alma mater del ideal de la Casa Propia."

Claudio a esas horas, cortaba una rebanada de queso sobre la portada de su "Diccionario de los Sueños," mientras se alejaba de la ciudad en un vagón de segunda clase. Pero en el banquete estaba su mellizo. Claro que el ancla se había borrado de su cheque, hacía mucho tiempo...

enrique amorim.